

Y en vez de responderle al zapatero, tomo una decisión.

Ordenó que los ciento dos cucaramaquenses se agarraran de las manos y formaran una hilera.

Pescó la mano del intendente, que había quedado primero en la fila.

Saltó dentro de la galera.

Y todos cayeron igual a un hipopótamo que se lanza a la piletta desde el trampolín.

Así llegaron a una pradera.

Llena de pastos largos y de flores silvestres y tréboles estaba la pradera; pero también, llena de viento.

Tanto tantísimo viento que los empujaba de aquí para allá y de ahí hacia acá. Con semejante vaivén, el peluquín del intendente estuvo a media papa frita de salir volando como si fuera una gaviota peinada con raya al medio.



Metida en un ventarrón que consideraba delicioso y divertido y hecho a su medida, la galerídica les contó:

91

—Si viviera en un rincón con viento podría...

Se puso la galera, que no me pregunten cómo, también había llegado a esa pradera, y les mostró...



—Y así hasta que me agarrase hambre y me metiera a mi casa —les explicó—. Y no creo que me canse, me encantaría salir todos los días de mi casa para jugar a la mancha con el viento y la galera...